

EL HILO Y LA NOCIÓN DEL REMANENTE. ISRAEL.

Hablemos de Israel. Del Israel oculto y de lo que debe aparecer de ese Israel aquí, si los dos lados no están completamente separados. Sabemos que no es así, lo demuestran las casualidades, la fantasía, la inexplicable bondad y la incomprensible maldad.

Debemos mirar más de cerca a ese Israel, porque la Torá está asociada al nombre y al destino de Israel. Y porque también el cristianismo –y en un sentido algo menor el islam– están contruidos sobre ese enigma en el ser humano. Tal vez no sea este el lugar indicado para hablar sobre ese fenómeno también en el ser humano. De momento intentamos acercarnos al Israel de aquí y al sentido del Israel allá.

Pero en primer lugar, en las imágenes que nos vienen del más allá se habla mucho del fenómeno de *sheerit*, 300-1-200-10-400, el sobrante, el remanente. El campo no se siega completamente, se dejan las esquinas, no se cogen todos los frutos de un árbol, no se cortan las esquinas del pelo de la cabeza y de la barba. Se trata en todos esos casos de que algo quede, de que algo se preserve, de que algo permanezca como remanente. En la tradición se dice que ese remanente del campo sea para los pobres, las viudas y los huérfanos. Significa que es el alimento para aquellos que no tienen bienes en el sentido de conocimientos y certezas. Se pueden tener conocimientos pero quizás no suficientes certezas, y entonces la relación con el más allá es la de un pobre. Pero se hace con la alegría de la entrega y la aceptación. El remanente les pertenece a ellos. Siempre encontramos un remanente aquí que proviene del gran almacén del más allá. Las esquinas del campo, de la barba, y también del vestido. Porque una de las acepciones de “esquina” es *kanaf*, 20-50-90, ala. Con el ala podemos elevarnos a la dimensión vertical y evadirnos de las coacciones del mundo causal.

Significa que siempre hay un remanente, que es para el pobre, la viuda y el huérfano, es su alimento. A Dios se le llama el patrón de los pobres y el sostén de viudas y huérfanos. Son condiciones del ser humano, cuando el camino de la causalidad terrenal ha sido un fracaso.

En este sentido pues, *existe un hilo que nunca se rompe*, uniendo el aquí con el allá. Que une las raíces de los dos árboles. Y por ello, por este hilo, todo lo manifiesto está unido con el más allá. También Israel. De verdad, de no ser así, todo en la vida sería un juego teórico, filosófico. Ese hilo hace la vida poderosa, fascinante, la convierte en un gran placer. La palabra *Edén* –volveremos sobre esta noción al final– en hebreo, ¿no significa “deleite”, “goce”, “testigo”? Porque el remanente del que hablamos es el alimento desde Edén. Al recoger ese remanente, Ruth de Moab se encuentra con Boaz, y allí se asienta la raíz de la casa de David, el amado.

Con este significado del remanente en mente, queremos reencontrar en el Israel terrestre el sello del más allá. Porque Dios no escoge a Israel por sus buenas cualidades, sino más bien porque lo ha prometido a los padres. Curiosa causalidad. Ese Israel amado y también rebelde, alabado por los profetas y por ellos mismos censurado al máximo. Solo los falsos profetas parecen alabarlos exclusivamente.

Por el profeta, lo del más allá llega al ser humano aquí. El falso profeta habla de las cosas de aquí, diciendo que sean de allá. Son voces en el ser humano mismo, son sus disposiciones, sus predisposiciones, sus humores.

Israel en el mundo de aquí tiene esta extraña y única característica de alinear su comportamiento y sus actos con una tradición, es decir, con algo que sale del inconsciente. Casi siempre para burla y fastidio de los demás. Aquí mismo, en este punto, sentimos ya una separación en el judaísmo mismo. Porque hay judíos que sienten las tradiciones como parte de su Ser y otros que no sienten así, en absoluto.

La burla y la rabia surgen porque estas tradiciones tienen poco que ver con la lógica y la causalidad terrenales y tampoco con el reconocimiento de la exclusividad del mundo de aquí. La tradición no está construida sobre hechos históricos, aunque podemos encontrarla en la historia. Está construida sobre nociones y palabras de la Torá. Con la lógica, el método de la llegada a nosotros y su seguimiento es difícil de descifrar, porque se trata de otra lógica completamente diferente. Es la lógica proveniente de Kaleb, que no quiso ir a espiar al otro mundo, el mundo del más allá y se quedó con los padres. En el hatillo de la vida. Puede decirse que solo por medio de una entrega inexplicable, solo por una forma especial de vivir, vuelven las tradiciones a la vida.

Pero de inmediato vemos en ese Israel también la imagen de todo ser humano y de toda la humanidad. Porque tales tradiciones existen también en otras culturas. E igual que en el judaísmo existe la necesidad constante de tener que explicar estas tradiciones de forma lógico-causal, por la historia, la sociología, la higiene y la política. Y a las personas que se ocupan de esos menesteres se les llama geniales, increíblemente inteligentes, muy listas y otros calificativos por el estilo. Se van analizando las tradiciones de forma casuística y al final sirven para obtener una memoria afilada y un juego muy refinado, el *pilpul*. Se ve de inmediato que el árbol del conocimiento juega el mismo papel que en todo el resto de la humanidad. La imagen de la sociedad judía es la misma, es una sociedad proveniente de esa inclinación al árbol del conocimiento.

Estoy hablando de desviaciones y tendré que mencionar otras, más adelante. Pero a pesar de todo, en el judaísmo, en el conjunto del judaísmo, existe un remanente. Vive en el silencio y en la ocultación, enteramente en el sentido del Israel del más allá. Allí reina la dulzura proveniente del Ser, allí están las historias vividas y contadas. Y todo ello es el resultado del milagro de estar unido con la tradición. Algunos destellos de luz para el mundo llegaron desde allí por los relatos de Martín Buber, de Jayim Bloch, de Marcus Elieser Bloch. Aunque es difícil hablar de ello y no vivirlo. Pero puede tenerse una vaga idea, aproximada.

Allí donde los judíos han perdido o abandonado la relación con la tradición, viven el destino de los *pueblos*. Quiere decir que viven el mismo destino que todo ser humano que se separa de su tradición. La relación se corta y se producen los fenómenos conocidos en el mundo donde la separación ha tenido lugar. No es necesario que mencione sus condiciones de vida y de comportamiento.

Lo que me importa ante todo, es no conectar sin más a los judíos de aquí y no solo los de hoy en día, con el Israel bíblico. Pero el hilo existe, el remanente está. Casi invisible según las maneras de Israel como hebreo, solo reconocible en su comportamiento, solo perceptible tal vez en la melodía de la vida. Allí se conserva algo de la vida de las tradiciones. Pero es imposible decir dónde y cuándo. Solo sé que la enfermedad causada por el árbol del conocimiento ha sido y sigue siendo devastadora. Pero de nuevo lo decisivo no es la cantidad. En el caso de Israel del más allá, lo que importa es la calidad. Ese Israel del más allá vive en todo ser humano. Y creo que las conversaciones con su propio Israel determinan la relación con ese remanente oculto en el judaísmo.

La vida de ese remanente está determinada por la tradición. El lugar del inconsciente le da una cierta forma al comportamiento de tal procedencia. Y como función central, está el

aprendizaje de la Torá. Y se trata, ante todo, de la Torá hablada. Allí se hace fielmente, pero de su manera.

Y surge una nueva pregunta, es la pregunta por la relación. ¿Existe una relación con el mundo? ¿Con ese progresivo nacimiento del toro? ¿Y por ello con la vida de todo ser humano? Recuerdo que nada pudo crecer cuando existía un solo lado. Porque el lado de la ley como regalo de Dios, como la garantía de la vida, solo recobra sentido en el encuentro con el mundo. Se trata de la relación del reino de Yehudá con el reino de José. La unión de los dos reinos es idéntica a la resurrección. (201) Es también la relación entre lo manifiesto y lo oculto. Y la gran pregunta que quisiera formular, es por la posibilidad de una relación entre esta tradición única y el mundo. De no ser así, el mundo no tiene sentido para ese judaísmo oculto. Y no estoy hablando para nada de un alejamiento de la tradición y de un giro hacia el mundo. Todo giro hacia el mundo puede efectuarse únicamente bajo la señal de *haShem Elokim*. La fidelidad al origen, la fidelidad a la tradición, profundizando incluso la entrega y el cariño, pero ahora también la aceptación del hermano José.

Como el reino bíblico de José, las 10 tribus, se ha dispersado en la tierra, así el reino de Yehudá encuentra su destino en la dedicación al mundo. El mundo también se anuncia ante Yehudá. Con toda su alegría, sufrimiento, bondad y maldad, con sus grandezas y banalidades. Este encuentro es también una señal de la unión de las raíces de los dos árboles. Porque el mundo está mayoritariamente bajo la influencia del árbol del conocimiento. También el judaísmo, y también el judío ortodoxo y jasídico.

Y ese judaísmo oculto lleva el secreto del árbol de la vida. De nuevo no sé ni dónde, ni quién ni cuándo. Mantiene comunidad con toda persona en la que vive ese Israel, ese hebreo, en su más allá. Allí en el más allá se encuentra el judaísmo oculto en el judío y en la persona del mundo. Igual que en el mundo de aquí la gente se encuentra. Pero si la unión de los dos árboles está rota, los encuentros suceden únicamente en el mundo de un solo árbol, del árbol del conocimiento. Entonces el mundo es la mujer extranjera. Pero también ella tiene sus secretos. Y justamente José y Moisés –como ejemplos centrales en el complejo del ser humano– se unen con esas mujeres extranjeras.

Era importante para mí relacionar ese Israel con la Biblia hebrea. Creo que era necesario hacerlo, para no dejar el fenómeno del judaísmo y de Israel como algo abstracto y teórico. El mundo no conoce la fuerza indestructible y sobreabundante del lado eterno del mundo. La noción del remanente señala en esta dirección, se mueve desde aquí al allá y desde allá al aquí. Es la dimensión vertical del remanente.

Este remanente existe en toda persona. En toda persona aparece algo del más allá en su vida. Da a la vida un sentido diferente del que percibe simplemente este lado y el otro como entidades separadas. El comportamiento es tan importante, por el bien de ese remanente. Se trata de un comportamiento ordenado, moral. No por obligación, sino más bien, por la alegría que da a la vida, por el asombro ante tales conexiones, por el amor a la unidad. Alegría por la dulzura, por las historias, por la entrega. Repetición de lo bueno y de lo ordenado, para que se convierta en costumbre, es decir, en naturaleza. Porque con ese comportamiento se está construyendo su propio más allá. No se trata solo de algo dado; una y otra vez anhela relaciones nuevas. En el sentido del verdadero ser humano, a imagen y semejanza de Dios. Dios como *Elokim*, y con el nombre de *haShem Elokim*. También allí la unión de los dos árboles. Lo consciente en el inconsciente, tradición y progreso, Israel y el mundo. Y porque existe ese remanente en el ser humano y en el mundo, puede vivirse la unión de la vida terrenal con la vida celestial ya aquí y ahora. Concretamente, cómo el aquí está en el allá y el allá en el aquí. Mediante el hilo del remanente puede seguirse el trazado.

El más allá no consiste solo en cosas dadas. Las tradiciones se construyen y se destruyen. El ser humano aquí tiene una responsabilidad; esta responsabilidad da sentido y alegría a su vida. Siente que vive aquí y allá. Pensemos en lo que significa. Es el sentimiento de la eternidad.